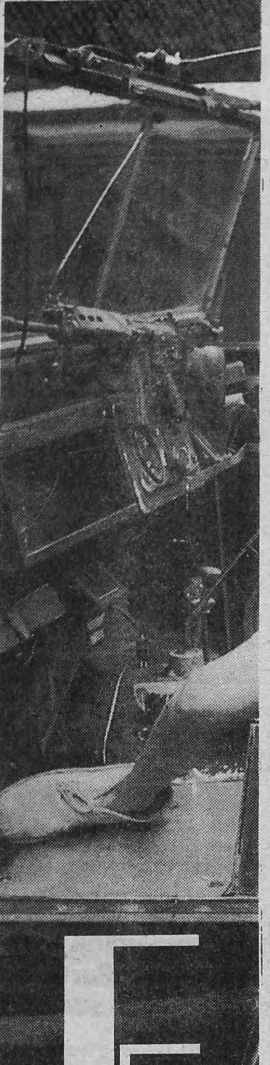
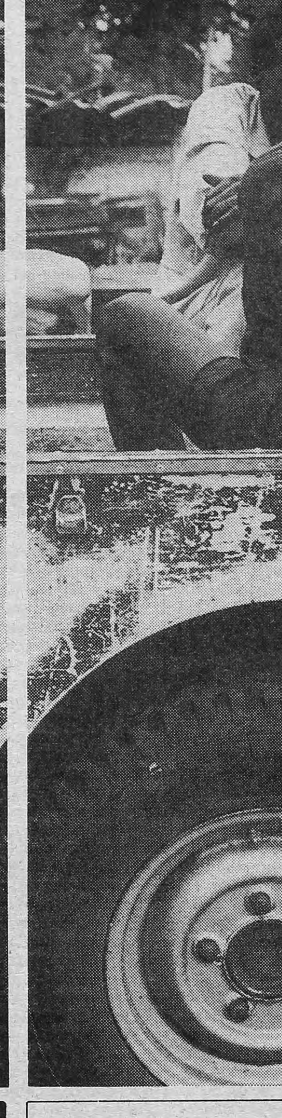
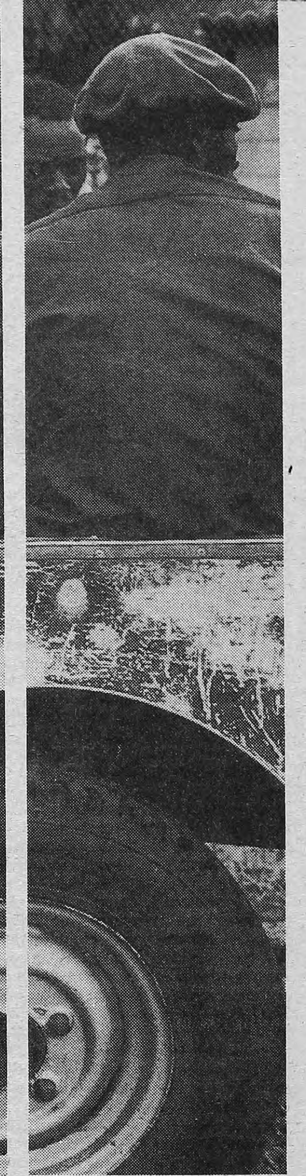




S U D Á F R I C A

EN BLANCO Y NEGRO

El régimen del apartheid acaba de cumplir 40 años. Casi simultáneamente el presidente Pieter Botha prorrogó por tercera vez el estado de emergencia y prohibió a los grupos opositores. Aunque aislada políticamente, Sudáfrica mantiene intactos sus vastos vínculos comerciales que incluyen el rubro armamentos. La Argentina rompió relaciones diplomáticas en 1986, pero el sector privado sigue comerciando con ese país y unos 1500 turistas por año disfrutan de las blancas arenas en las playas del apartheid.

EL PAIS *(Por Maruja Torres, desde Sudáfrica)* Como muchos blancos progresistas, Jerry se siente sudafricano y quisiera poder vivir en paz entre los negros, pero sabe que es demasiado tarde. A menudo piensa en marcharse a Europa, como hacen muchos jóvenes blancos que se instalan en Londres "y esperan a ver qué pasa". Los que se quedan, como Jerry, votan por el Progresive Federal Party (PFP), que alberga la imposible esperanza de cambiar las cosas desde dentro.

Una defensora de la utopía de que Sudáfrica viva algún día en una paz multirracial e igualitaria, la señora P., se lamenta de que en el extranjero creamos que sólo existe un tipo de blanco; el *afrikaner* vestido con pantalón corto, gordo, armado y bebedor de cerveza. Cierto que sería un error generalizar. Pero también es cierto que ese tipo de blanco que se ha hecho a sí mismo como una apisonadora para defender sus privilegios abunda extraordinariamente, sobre todo en las zonas tradicionalmente nacionalistas, como el Transvaal y el Estado Libre de Orange.

Para entenderlos hay que visitar el monumento a los Voortrekker (pioneros), que se encuentra casi a las puertas de Pretoria, en lo alto de una colina. De una arquitectura entre bíblica y nazi, fue erigido para conmemorar la batalla del río de la Sangre, durante la cual un grupo de colonos dio muerte al caudillo zulú Dingane y a sus guerreros, en 1838. En su estética colosalista hay mucho del complejo que sienten ante el recuerdo de la pérdida de la guerra de los boers (granjeros) contra los colonialistas británicos, en la que unos 22.000 de sus hombres y mujeres, incluidos niños y ancianos, murieron en los campos de concentración. Algunos estudiosos piensan que precisamente el *apartheid* es una consecuencia de ese encono profundo hacia la colonización británica.

El credo de los blancos está lleno de sentencias seudorreligiosas absolutorias: "La separación de razas ocurrió mucho antes de que el nacionalismo llegara al poder: Dios separó las razas". Y también: "Estamos resueltos a mantener la paz mientras Dios nos conceda poder para controlar el destino de nuestro país". Y más: "Estoy convencido de que la lucha en Sudáfrica no es entre blancos y negros, sino entre las normas de la civilización cristiana y el poder del caos". Son frases pronunciadas por P. W. Botha, recopiladas en un delirante opúsculo editado por su propio partido.

La ley contra los matrimonios mixtos y la fornicación entre blancos y negros ha sido abolida, pero socialmente sigue vigente: una muchacha blanca que hace poco decidió irse a vivir con un policía negro del que se había enamorado recibió una paliza de unos desconocidos blancos. Además, el *topless* en las playas está prohibido, y, por supuesto, ni hablar del aborto. En televisión, la censura es ridículamente rígida. Aunque hay un canal privado, el M-Net, que se permite alguna que otra alegría, cuenta al mismo tiempo con un llamado "sistema de protección a nuestros hijos"

tan complicado como morboso. Para utilizarlo, uno tiene que aprenderse un par de páginas de instrucciones que aparecen en todas las teleguías, pero el resultado es formidable. Cómodamente sentado en el diván, el padre o la madre de familia puede, utilizando el control remoto, borrar besos y censurar secuencias enteras, convirtiendo *Nueve semanas y media* en una película de Walt Disney. En las salas de exhibición, las películas se proyectan con cortes, y los espectáculos teatrales progresistas no pueden salir de los circuitos minoritarios.

Cada semana, los periódicos difunden la lista oficial de las publicaciones que han sido prohibidas por asuntos políticos o de moral. Por ejemplo, en el mismo bloque pueden estar los boletines del African National Congress (ANC) o del Pan Africanist Congress (PAC) —las dos organizaciones opositoras al exilio— y un catálogo fotográfico que incluya imágenes de blancas y negros desnudos. Aunque, ¿qué puede parecer disparatado en un país donde los hombres no usan paraguas porque creen que es un adminículo afeminado —se mojan virilmente— y en donde los japoneses han sido nombrados "blancos honorarios" por el volumen de negocios que mantienen Japón y Sudáfrica, calculado en unos cinco mil millones de dólares en 1987.

Unos de los más afamados complejos "de nivel internacional" es Sun City, en el *homeland* de Boputaswana, que muchos llaman "el Las Vegas de Sudáfrica". Allí, en efecto, han actuado los eximios Julio Iglesias, y Frank Sinatra, y Severiano Ballesteros —una de las grandes figuras del golf mundial— ha disputado no pocos torneos en sus cuidadas instalaciones para ese deporte. En Sun City hay casinos, hoteles, reservas de cocodrilos, deportes acuáticos, safaris de gamos, un afiteatro para grandes actuaciones y tres cines que pasan 22 películas pornográficas al día, en rotativos. A ellos no sólo acuden blancos ricos, aunque ésta sea la clientela más importante, que elige preferentemente el deslumbrante Cascades Hotel y su selecto casino. Pero en el Entertainment Center, menos exquisito, se encuentran los *afrikaners* de medio pelo y no pocos indios, malayos, mestizos y negros —éstos, procedentes casi siempre del propio Boputaswana— dispuestos a gastarse en las máquinas tragamonedas el poco dinero que tienen. En Boputaswana, donde la gente que no trabaja en Sun City o no pertenece a la familia de los gobernantes se muere de hambre, el primer ministro fue derrocado recientemente por su propio ejército, que lo acusaba de corrupción, y fue reinstalado inmediatamente en el poder por intervención directa de las fuerzas armadas sudafricanas.

Aislados del resto de los países civilizados, los blancos sudafricanos se muestran tremendamente complacidos ante el turista. "Ah, habrá podido comprobar usted que nuestra tierra es muy hermosa y que los periódicos extranjeros mienten", dice Peter Jacobs, ejecutivo de Glass Blowing Industries, que va por la quinta cerveza. A pesar de su apellido judío, tiene un aspecto típicamente *afrikaner:* rubio, con bigotito delgado y una prematura obesidad debido al abuso de bienes terrenales. "Tienen tanto dinero que todo les parece poco", dice un emigrante argentino que está encantado con su empresa de telecomunicaciones, que le paga en dólares y le ha puesto coche y casa, a pesar de que sólo ocupa un cargo medio.

Mientras que Johanesburgo es una ciudad dura, llena de niebla tóxica, y de negros perdidos, Ciudad del Cabo es la joya de Sudáfrica. A partir de las seis de la tarde aparece vacía. Los blancos se encierran en sus barrios residenciales, rodeados de todo tipo de árboles, muros altos, rejas y otras medidas de seguridad; se pertrechan en sus casas de la montaña o empinadas sobre los acantilados, conectadas a las playas por escaleras horadadas en la roca. A esas playas no tienen acceso los negros; sólo unas cuantas, en la zona de Sea Point, han sido declaradas multirraciales.

Aunque las protestas internacionales contra el *apartheid* han hecho descender algo el número de turistas —o por lo menos han limitado su afluencia a la estación estival—, los restaurantes y hoteles de El Cabo están llenos de visitantes: alemanes, holandeses, suizos, y sobre todo, jubilados británicos que vienen a saborear los restos de lo que fue su colonia. A muy buen precio, además. Un rand, la moneda oficial, equivale a dos dólares, y por 100 dólares puede obtenerse una buena habitación en un hotel exquisito donde cada blanco es un rey.

Ser turista en Sudáfrica es una delicia. Uno puede visitar las reservas naturales de flora y fauna, ilusionarse ante el rugido de las fieras que pueblan el inmenso parque Kruger, asistir a las danzas indígenas de las minas, recorrer la zona de viñedos de Paarl y achisparse catando los inmejorables vinos de El Cabo occidental; en cualquier librería se encuentran lustrosas publicaciones sobre la vida de los cocodrilos, las cebras, los leones, los zulúes, los khosas y otras especies animales dignas de conocerse, tanto en cuadrúpedos como en bípedos de piel oscura.

Uno puede inscribirse en una excursión y visitar Soweto para hacerse bonitas fotos en las instituciones benéficas en donde parapléjicos negros tejen hamacas, o en las guarderías infantiles especialmente preparadas para recibir autocares repletos de extranjeros armados. La excursión por Soweto incluye el disfrute de un té con pastas, servido por negros, naturalmente.

Pero si eres uno de esos blancos que leen los periódicos entre líneas —"Siete fueron ahorcados esta mañana", reza un pequeño titular (la pena de muerte está en su apogeo en Sudáfrica: en 1987 fueron ejecutadas 164 personas; la mayoría, negras)—; si tratas de ayudar a los muchachos de los suburbios que vienen a ti para pedirte una beca, porque desean apasionadamente acceder aunque sea a la insuficiente educación que se les permite a los negros; si no puedes pasear por el parque haciendo caso omiso a los presos negros que arreglan los caminos; si al tumbarte en la arena piensas inevitablemente que esa pequeña mancha en la lejanía es el penal de Robben Island, donde tantas vidas se han ido pudriendo; si ni siquiera puedes renunciar a sentir la música africana como la más vibrante que has escuchado nunca; si te gusta mezclarte con los negros en esos clubes donde todos tratan de olvidarse de sí mismos; entonces no eres más que un jodido blanco de ninguna parte.

CUATRO PARA ANGOLA

En alguna parte de El Cairo, representantes de Estados Unidos, Cuba, Angola y Sudáfrica discuten desde el viernes el futuro angoleño. La reunión está otra vez rodeada de misterio, como la que tuvo lugar dos meses atrás en Londres. Pero todo indica que está en puertas un futuro acuerdo, que podría terminar con una guerra civil de 13 años.

Ya en los encuentros de mayo quedaron sentadas las bases del arreglo: Cuba retiraría sus tropas en un plazo aproximado de un año, y Sudáfrica desplazaría las suyas hacia Namibia. Aún deben definirse los términos de la democratización de Namibia: el régimen de Pretoria aceptaría finalmente las elecciones libres en ese país, terminando así con una ocupación ilegal que mantiene desde 1946. El punto más difícil de zanjar será seguramente la pacificación interna de Angola: eso requeriría de negociaciones entre el gobernante Movimiento Popular de Liberación de Angola (MPLA) y la guerrilla —la Unión para la Independencia total de Angola (UNITA)—, un encuentro al que por ahora Luanda se muestra reticente.

En realidad todas las partes tienen interés en el final del conflicto. El financiamiento de UNITA puso a Estados Unidos en un mismo frente con Sudáfrica, un lugar un tanto incómodo en lo internacional. Cuba hizo explícitas sus intenciones de retirarse de un conflicto en el que ya perdió miles de hombres. Incluso para UNITA la posibilidad de que el Congreso norteamericano le depare la misma suerte que a los contras torna conveniente una paz negociada.

Pero los deseos no garantizan el éxito: probablemente el gobierno sudafricano querrá obtener garantías sobre el próximo gobierno de Namibia y la supervivencia de UNITA, para evitar lo que llama la "influencia soviética" en el área. El otro temor es que el Congreso Nacional Africano encuentre un mayor campo de acción y desbarate los planes con que el presidente Botha intenta definir el futuro de Sudáfrica.



Opositores al apartheid desbordan una

MAS QUE U

El presidente sudafr oposición, a la vez creciente Partido Cons sus votante

Por Andrea Ferrari

En Sudáfrica junio es un mes precedido de malos augurios. Fue en junio, doce años atrás, cuando la policía abrió fuego en Soweto contra una manifestación de estudiantes negros que se oponían al uso de la lengua afrikaans en las escuelas. En los meses siguientes estallaron disturbios en todo el país, que dejaron un saldo de 575 muertos, sólo dos de raza blanca. Desde entonces cada aniversario de Soweto es funesto para los opositores al apartheid. Este junio, el presidente Pieter Botha renovó el estado de emergencia vigente desde 1986, que da poderes especiales al gobierno para reprimir a la oposición y permite detener a cualquier sospechoso sin que se le formule cargo alguno ni se le informe del motivo de su detención.

También fue este junio cuando los seis de Sharpeville recibieron un anuncio que ya presentían: la Corte Suprema se había negado a reabrir su caso. El fantasma de la ejecución volvió a rondar sus celdas, ahora con un nuevo plazo: el 19 de julio. Ya en marzo, la decisión fue suspendida apenas un día antes de la fecha prevista, cuando los seis ya casi sentían la presión de la soga en el cuello. El abogado defensor había demostrado que uno de los testigos de la acusación mintió forzado por la policía. Pero eso no bastó para reabrir un caso en que se condenó a cinco hombres y una mujer por su presunta participación en el asesinato de un funcionario. El hecho se remonta a 1984, cuando una manifestación de varios cientos de personas que protestaban por el alza de los alquileres linchó al alcalde de Sharpeville. En realidad nunca se demostró la intervención directa de los convictos, pero la sentencia se basó en la figura judicial de "intención colectiva". Ahora, a los seis les quedan sólo dos remotas posibilidades: que prospere la apelación presentada o que el presidente conceda el indulto, algo que parece entrar en el terreno de la fantasía: hasta ahora Botha se mostró sordo a todos los pedidos de clemencia.

En el último tiempo, Botha se mueve en una cuerda floja, haciendo pases para uno y otro lado, en un intento por preservar el poder que su partido mantiene desde hace 40 años. En mayo trató de limpiar su imagen y contentar a la oposición con un discurso dirigido al Parlamento donde propuso "nuevas formas de participación" para la población negra —el 70 por ciento de Sudáfrica— que podrían consistir en su inclusión en el gabinete ministerial o en el colegio electoral. Los anuncios, sin embargo, no convencieron a nadie. Para los opositores al apartheid no son más que ejemplos de paternalismo que evitan llegar a los puntos cruciales: el principio de "un hombre, un voto" y la participación de los negros en el Parlamento. "La reforma no vendrá porque el 'Gran Maestro' nos tire migajas de conciencia que caen de su mesa —dijo el arzobispo anglicano y Premio Nobel de la Paz, Desmond Tutu—. Llegará cuando todo el pueblo de Sudáfrica pueda determinar junto el menú". El cada vez más poderoso Partido Conservador —que hace de la discriminación su bandera política— lo interpretó en cambio como una apertura inaceptable: en un alarde de imaginación, el dirigente conservador Andries Treurnicht contestó a Botha que "el poder negro lo está esperando como un cocodrilo, y usted está caminado directo hacia él".

Los muertos que vos matáis

Aunque Botha dijo hace dos años que "está muerto", el apartheid goza de buena salud. Este mes se exhibió en las mejores playas de Puerto Elizabeth, cuando el gobierno apeló una decisión con la cual la Corte Suprema había derogado ordenanzas que las reservaban para la población blanca.

Es cierto, sin embargo, que algunas de las medidas más "escandalosas" de la discriminación fueron anuladas. Cuando Botha asumió el poder, diez años atrás, inició una tímida reforma, empujado por las presiones internacionales y los violentos disturbios que convulsionaban el país y habían dejado 2500 muertos entre 1984 y 1986. Eliminó así el *pass,* un documento que los negros debían llevar permanentemente consigo y que les prohibía permanecer más de 72 horas en las zonas reservadas a los blancos, y la ley que impedía los matrimonios y las relaciones sexuales mixtas, todas medidas con que su propio partido había legalizado el apartheid —y ganado las elecciones— desde 1948.

En Sudáfrica ya no se ve más el famoso cartel de "Slegs Blanke" (solo blancos) símbolo durante mucho tiempo de la discriminación racial. Pero sigue vigente la ley de zonas para comunidades: las razas sólo conviven en las llamadas zonas grises, surgidas por el crecimiento de la población en las grandes ciudades. Aproximadamente el 5 por ciento de la renta nacional está en manos de los blancos, que constituyen sólo el 17 po ciento de la población; a los negros —7 d cada 10 sudafricanos— se les adjudica el 3 por ciento de los ingresos. Se calculó tambié que un tercio de los trabajadores negros reci ben salarios inferiores al mínimo necesari para sobrevivir y que dos millones están de socupados o subocupados. Un estudio de l Universidad de Pretoria mostró que un 4 por ciento de los negros mayores de 20 año no fueron a la escuela; entre los blancos, es cantidad alcanza apenas el 2 por ciento. por supuesto los negros no votan en las elec ciones generales ni forman parte del Parla mento. La razón es simple: siendo una ma yoría tan aplastante —25 millones contr cinco— si se les concedieran estos derechos la balanza de poder se revertiría de la noche la mañana.

Entre rejas

En marzo, el gobierno sumó al estado d emergencia la prohibición de 17 grupos d oposición, justificando la medida por e "clima revolucionario" que impera en e país. Quedaron así incapacitados de realiza "cualquier actividad" entre otros, el Frent Democrático Unido —que reúne a numero sos grupos antiapartheid— y el Comité d Apoyo de Padres de Detenidos. El Congres de Sindicatos Sudafricanos, que cuenta co 700.000 miembros, vio restringidas sus posi bilidades a temas exclusivamente sindicales

Aun antes de la prohibición, los grupo opositores actuaban semiclandestinament sus fuerzas fueron gravemente diezmada los últimos años, con la policía siempre tra sus pasos y la posibilidad de ser detenidos e cualquier momento.

Las cárceles sudafricanas albergan ahora unos 2500 activistas, muchos sin cargos formulados. Nelson Mandela, el preso político más famoso, se convirtió en un símbolo de Sudáfrica: en agosto cumplirá 26 años tras las rejas. Los pedidos de clemencia que encontraron eco en todo el mundo sólo lograron que se le ofreciera la liberación a cambio de que firmara una declaración comprometiéndose a renunciar a la violencia como forma de lucha. Mandela respondió que "la libertad no se negocia", y permaneció en prisión. Aun allí sigue al frente —junto con Oliver Tambo— del Congreso Nacional Africano (ANC), un movimiento que en su origen promulgaba la resistencia pacífica. En 1960, tras los disturbios de Sharpeville donde la

tan complicado como morboso. Para utilizarlo, uno tiene que aprenderse un par de páginas de instrucciones que aparecen en todas las teleguías, pero el resultado es formidable. Cómodamente sentado en el diván, el padre o la madre de familia puede, utilizando el control remoto, borrar besos y censurar secuencias enteras, convirtiendo *Nueve semanas y media* en una película de Walt Disney. En las salas de exhibición, las películas se proyectan con cortes, y los espectáculos teatrales progresistas no pueden salir de los circuitos minoritarios.

Cada semana, los periódicos difunden la lista oficial de las publicaciones que han sido prohibidas por asuntos políticos o de moral. Por ejemplo, en el mismo bloque pueden estar los boletines del African National Congress (ANC) o del Pan Africanist Congress (PAC) —las dos organizaciones opositoras al exilio— y un catálogo fotográfico que incluya imágenes de blancas y negros desnudos. Aunque, ¿qué puede parecer disparatado en un país donde los hombres no usan paraguas porque creen que es un adminículo afeminado —se mojan virilmente— y en donde los japoneses han sido nombrados "blancos honorarios" por el volumen de negocios que mantienen Japón y Sudáfrica, calculado en unos cinco mil millones de dólares en 1987.

Unos de los más afamados complejos "de nivel internacional" es Sun City, en el *homeland* de Boputaswana, que muchos llaman "el Las Vegas de Sudáfrica". Allí, en efecto, han actuado los eximios Julio Iglesias, y Frank Sinatra, y Severiano Ballesteros —una de las grandes figuras del golf mundial— ha disputado no pocos torneos en sus cuidadas instalaciones para ese deporte. En Sun City hay casinos, hoteles, reservas de cocodrilos, deportes acuáticos, safaris de gamos, un afiteatro para grandes actuaciones y tres cines que pasan 22 películas pornográficas al día, en rotativos. A ellos no sólo acuden blancos ricos, aunque ésta sea la clientela más importante, que elige preferentemente el deslumbrante Cascades Hotel y su selecto casino. Pero en el Entertainment Center, menos exquisito, se encuentran los *afrikaners* de medio pelo y no pocos indios, malayos, mestizos y negros —éstos, procedentes casi siempre del propio Boputaswana— dispuestos a gastarse en las máquinas tragamonedas el poco dinero que tienen. En Boputaswana, donde la gente que no trabaja en Sun City o no pertenece a la familia de los gobernantes se muere de hambre, el primer ministro fue derrocado recientemente por su propio ejército, que lo acusaba de corrupción, y fue reinstalado inmediatamente en el poder por intervención directa de las fuerzas armadas sudafricanas.

Aislados del resto de los países civilizados, los blancos sudafricanos se muestran tremendamente complacidos ante el turista. "Ah, habrá podido comprobar usted que nuestra tierra es muy hermosa y que los periódicos extranjeros mienten", dice Peter Jacobs, ejecutivo de Glass Blowing Industries, que va por la quinta cerveza. A pesar de su apellido judío, tiene un aspecto típicamente *afrikaner:* rubio, con bigotito delgado y una prematura obesidad debido al abuso de bienes terrenales. "Tienen tanto dinero que todo les parece poco", dice un emigrante argentino que está encantado con su empresa de telecomunicaciones, que le paga en dólares y le ha puesto coche y casa, a pesar de que sólo ocupa un cargo medio.

Mientras que Johanesburgo es una ciudad dura, llena de niebla tóxica, y de negros perdidos, Ciudad del Cabo es la joya de Sudáfrica. A partir de las seis de la tarde aparece vacía. Los blancos se encierran en sus barrios residenciales, rodeados de todo tipo de árboles, muros altos, rejas y otras medidas de seguridad; se pertrechan en sus casas de la montaña o empinadas sobre los acantilados, conectadas a las playas por escaleras horadadas en la roca. A esas playas no tienen acceso los negros; sólo unas cuantas, en la zona de Sea Point, han sido declaradas multirraciales.

Aunque las protestas internacionales contra el *apartheid* han hecho descender algo el número de turistas —o por lo menos han limitado su afluencia a la estación estival—, los restaurantes y hoteles de El Cabo están llenos de visitantes: alemanes, holandeses, suizos, y sobre todo, jubilados británicos que vienen a saborear los restos de lo que fue su colonia. A muy buen precio, además. Un rand, la moneda oficial, equivale a dos dólares, y por 100 dólares puede obtenerse una buena habitación en un hotel exquisito donde cada blanco es un rey.

Ser turista en Sudáfrica es una delicia. Uno puede visitar las reservas naturales de flora y fauna, ilusionarse ante el rugido de las fieras que pueblan el inmenso parque Kruger, asistir a las danzas indígenas de las minas, recorrer la zona de viñedos de Paarl y achisparse catando los inmejorables vinos de El Cabo occidental; en cualquier librería se encuentran lustrosas publicaciones sobre la vida de los cocodrilos, las cebras, los leones, los zulúes, los khosas y otras especies animales dignas de conocerse, tanto en cuadrúpedos como en bípedos de piel oscura.

Uno puede inscribirse en una excursión y visitar Soweto para hacerse bonitas fotos en las instituciones benéficas en donde parapléjicos negros tejen hamacas, o en las guarderías infantiles especialmente preparadas para recibir autocares repletos de extranjeros armados. La excursión por Soweto incluye el disfrute de un té con pastas, servido por negros, naturalmente.

Pero si eres uno de esos blancos que leen los periódicos entre líneas —"Siete fueron ahorcados esta mañana", reza un pequeño titular (la pena de muerte está en su apogeo en Sudáfrica: en 1987 fueron ejecutadas 164 personas; la mayoría, negras)—; si tratas de ayudar a los muchachos de los suburbios que vienen a ti para pedirte una beca, porque desean apasionadamente acceder aunque sea a la insuficiente educación que se les permite a los negros; si no puedes pasear por el parque haciendo caso omiso a los presos negros que arreglan los caminos; si al tumbarte en la arena piensas inevitablemente que esa pequeña mancha en la lejanía es el penal de Robben Island, donde tantas vidas se han ido pudriendo; si ni siquiera puedes renunciar a sentir la música africana como la más vibrante que has escuchado nunca; si te gusta mezclarte con los negros en esos clubes donde todos tratan de olvidarse de sí mismos; entonces no eres más que un jodido blanco de ninguna parte.

CUATRO PARA ANGOLA

En alguna parte de El Cairo, representantes de Estados Unidos, Cuba, Angola y Sudáfrica discuten desde el viernes el futuro angoleño. La reunión está otra vez rodeada de misterio, como la que tuvo lugar dos meses atrás en Londres. Pero todo indica que está en puertas un futuro acuerdo, que podría terminar con una guerra civil de 13 años.

Ya en los encuentros de mayo quedaron sentadas las bases del arreglo: Cuba retiraría sus tropas en un plazo aproximado de un año, y Sudáfrica desplazaría las suyas hacia Namibia. Aún deben definirse los términos de la democratización de Namibia: el régimen de Pretoria aceptaría finalmente las elecciones libres en ese país, terminando así con una ocupación ilegal que mantiene desde 1946. El punto más difícil de zanjar será seguramente la pacificación interna de Angola: eso requeriría de negociaciones entre el gobernante Movimiento Popular de Liberación de Angola (MPLA) y la guerrilla —la Unión para la Independencia total de Angola (UNITA)—, un encuentro al que por ahora Luanda se muestra reticente.

En realidad todas las partes tienen interés en el final del conflicto. El financiamiento de UNITA puso a Estados Unidos en un mismo frente con Sudáfrica, un lugar un tanto incómodo en lo internacional. Cuba hizo explícitas sus intenciones de retirarse de un conflicto en el que ya perdió miles de hombres. Incluso para UNITA la posibilidad de que el Congreso norteamericano le depare la misma suerte que a los contras torna conveniente una paz negociada.

Pero los deseos no garantizan el éxito: probablemente el gobierno sudafricano querrá obtener garantías sobre el próximo gobierno de Namibia y la supervivencia de UNITA, para evitar lo que llama la "influencia soviética" en el área. El otro temor es que el Congreso Nacional Africano encuentre un mayor campo de acción y desbarate los planes con que el presidente Botha intenta definir el futuro de Sudáfrica.



Opositores al apartheid desbordan una iglesia, durante una misa previa a la ejecución de dos activistas.

MAS QUE UNA CUESTION DE PIEL

El presidente sudafricano propone tímidas reformas para acallar a la oposición, a la vez que le impone nuevas restricciones. Pero para el creciente Partido Conservador la tibia apertura es inaceptable: promete a sus votantes llegar al poder y reeditar leyes racistas.

Por Andrea Ferrari

En Sudáfrica junio es un mes precedido de malos augurios. Fue en junio, doce años atrás, cuando la policía abrió fuego en Soweto contra una manifestación de estudiantes negros que se oponían al uso de la lengua afrikaans en las escuelas. En los meses siguientes estallaron disturbios en todo el país, que dejaron un saldo de 575 muertos, sólo dos de raza blanca. Desde entonces cada aniversario de Soweto es funesto para los opositores al apartheid. Este junio, el presidente Pieter Botha renovó el estado de emergencia vigente desde 1986, que da poderes especiales al gobierno para reprimir a la oposición y permite detener a cualquier sospechoso sin que se le formule cargo alguno ni se le informe del motivo de su detención.

También fue este junio cuando los seis de Sharpeville recibieron un anuncio que ya presentían: la Corte Suprema se había negado a reabrir su caso. El fantasma de la ejecución volvió a rondar sus celdas, ahora con un nuevo plazo: el 19 de julio. Ya en marzo, la decisión fue suspendida apenas un día antes de la fecha prevista, cuando los seis ya casi sentían la presión de la soga en el cuello. El abogado defensor había demostrado que uno de los testigos de la acusación mintió forzado por la policía. Pero eso no bastó para reabrir un caso en que se condenó a cinco hombres y una mujer por su presunta participación en el asesinato de un funcionario. El hecho se remonta a 1984, cuando una manifestación de varios cientos de personas que protestaban por el alza de los alquileres linchó al alcalde de Sharpeville. En realidad nunca se demostró la intervención directa de los convictos, pero la sentencia se basó en la figura judicial de "intención colectiva". Ahora, a los seis les quedan sólo dos remotas posibilidades: que prospere la apelación presentada o que el presidente conceda el indulto, algo que parece entrar en el terreno de la fantasía: hasta ahora Botha se mostró sordo a todos los pedidos de clemencia.

En el último tiempo, Botha se mueve en una cuerda floja, haciendo pases para uno y otro lado, en un intento por preservar el poder que su partido mantiene desde hace 40 años. En mayo trató de limpiar su imagen y contentar a la oposición con un discurso dirigido al Parlamento donde propuso "nuevas formas de participación" para la población negra —el 70 por ciento de Sudáfrica— que podrían consistir en su inclusión en el gabinete ministerial o en el colegio electoral. Los anuncios, sin embargo, no convencieron a nadie. Para los opositores al apartheid no son más que ejemplos de paternalismo que evitan llegar a los puntos cruciales: el principio de "un hombre, un voto" y la participación de los negros en el Parlamento. "La reforma no vendrá porque el 'Gran Maestro' nos tire migajas de conciencia que caen de su mesa —dijo el arzobispo anglicano y Premio Nobel de la Paz, Desmond Tutu—. Llegará cuando todo el pueblo de Sudáfrica pueda determinar junto el menú". El cada vez más poderoso Partido Conservador —que hace de la discriminación su bandera política— lo interpretó en cambio como una apertura inaceptable: en un alarde de imaginación, el dirigente conservador Andries Treurnicht contestó a Botha que "el poder negro lo está esperando como un cocodrilo, y usted está caminado directo hacia él".

Los muertos que vos matáis

Aunque Botha dijo hace dos años que "está muerto", el apartheid goza de buena salud. Este mes se exhibió en las mejores playas de Puerto Elizabeth, cuando el gobierno apeló una decisión con la cual la Corte Suprema había derogado ordenanzas que las reservaban para la población blanca.

Es cierto, sin embargo, que algunas de las medidas más "escandalosas" de la discriminación fueron anuladas. Cuando Botha asumió el poder, diez años atrás, inició una tímida reforma, empujado por las presiones internacionales y los violentos disturbios que convulsionaban el país y habían dejado 2500 muertos entre 1984 y 1986. Eliminó así el *pass,* un documento que los negros debían llevar permanentemente consigo y que les prohibía permanecer más de 72 horas en las zonas reservadas a los blancos, y la ley que impedía los matrimonios y las relaciones sexuales mixtas, todas medidas con que su propio partido había legalizado el apartheid —y ganado las elecciones— desde 1948.

En Sudáfrica ya no se ve más el famoso cartel de "Slegs Blanke" (solo blancos) símbolo durante mucho tiempo de la discriminación racial. Pero sigue vigente la ley de zonas para comunidades: las razas sólo conviven en las llamadas zonas grises, surgidas por el crecimiento de la población en las grandes ciudades. Aproximadamente el 56 por ciento de la renta nacional está en manos de los blancos, que constituyen sólo el 17 por ciento de la población; a los negros —7 de cada 10 sudafricanos— se les adjudica el 32 por ciento de los ingresos. Se calculó también que un tercio de los trabajadores negros reciben salarios inferiores al mínimo necesario para sobrevivir y que dos millones están desocupados o subocupados. Un estudio de la Universidad de Pretoria mostró que un 40 por ciento de los negros mayores de 20 años no fueron a la escuela; entre los blancos, esa cantidad alcanza apenas el 2 por ciento. Y por supuesto los negros no votan en las elecciones generales ni forman parte del Parlamento. La razón es simple: siendo una mayoría tan aplastante —25 millones contra cinco— si se les concedieran estos derechos, la balanza de poder se revertiría de la noche a la mañana.

Entre rejas

En marzo, el gobierno sumó al estado de emergencia la prohibición de 17 grupos de oposición, justificando la medida por el "clima revolucionario" que impera en el país. Quedaron así incapacitados de realizar "cualquier actividad" entre otros, el Frente Democrático Unido —que reúne a numerosos grupos antiapartheid— y el Comité de Apoyo de Padres de Detenidos. El Congreso de Sindicatos Sudafricanos, que cuenta con 700.000 miembros, vio restringidas sus posibilidades a temas exclusivamente sindicales.

Aun antes de la prohibición, los grupos opositores actuaban semiclandestinamente: sus fuerzas fueron gravemente diezmadas los últimos años, con la policía siempre tras sus pasos y la posibilidad de ser detenidos en cualquier momento.

Las cárceles sudafricanas albergan ahora unos 2500 activistas, muchos sin cargos formulados. Nelson Mandela, el preso político más famoso, se convirtió en un símbolo de Sudáfrica: en agosto cumplirá 26 años tras las rejas. Los pedidos de clemencia que encontraron eco en todo el mundo sólo lograron que se le ofreciera la liberación a cambio de que firmara una declaración comprometiéndose a renunciar a la violencia como forma de lucha. Mandela respondió que "la libertad no se negocia", y permaneció en prisión. Aun allí sigue al frente —junto con Oliver Tambo— del Congreso Nacional Africano (ANC), un movimiento que en su origen promulgaba la resistencia pacífica. En 1960, tras los disturbios de Sharpeville donde la policía mató a 69 personas, el ANC fue proscripto e inició la lucha armada.

El gobierno sudafricano persiguió al ANC más allá de las fronteras: sus miembros fueron asesinados en Zimbabwe. Mozambique, Angola, Lesotho, y recientemente hasta en París, donde en marzo cayó Dulce September.

Para muchos, la represión que el gobierno sudafricano ejerce sobre la oposición convierte la lucha armada en la única opción posible. Algo así insinuó hace poco Desmond Tutu: "Como alguien que cree que no se debe utilizar nunca la violencia —escribió—, también creo que puede llegar un momento —como cuando los nazis invadieron Europa— en que esté justificado tomar las armas contra un sistema injusto. Puedo, por tanto, tener simpatías por aquellos que han decidido que la violencia está justificada."

Corazones en pugna

Muchas veces, el régimen del apartheid recibió repudios internacionales: se instó al gobierno a respetar los derechos de todos los ciudadanos, a liberar a los presos, y a retirarse de Namibia, país que ocupa ilegalmente. Incluso en las Naciones Unidas se aprobaron resoluciones en este sentido. Pero eso no logró cambiar radicalmente la situación. Sobre todo porque, en la práctica, muchos países siguen manteniendo un importante intercambio comercial con Pretoria. Entre 1950 y 1984 —años en que se consolidó el apartheid— las exportaciones aumentaron, en relación al PBI, de un 22 a un 30,1 por ciento. Se trata principalmente de oro, diamantes y minerales de valor estratégico para la industria de la defensa, a los que Estados Unidos y varios países europeos no tienen intenciones de renunciar, aunque se hayan impuesto algunas sanciones económicas. El pasado marzo, Estados Unidos y Gran Bretaña vetaron en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas una resolución de los países africanos y los No Alineados que proponía la aplicación de sanciones obligatorias a fin de presionar a Sudáfrica para que suspendiera el estado de emergencia y desmantelara el régimen del apartheid. Francia, Alemania Federal y Japón se abstuvieron.

Por eso, la indignación que pueda despertar en el mundo la discriminación racial no le hace perder el sueño a Botha. Ahora le preocupa la implementación de su "estrategia total" que abarca tres etapas. La primera consiste en acallar la oposición. A eso seguiría un intento por alcanzar mayor consenso, algo que en el gobierno llaman "ganar mentes y corazones"; se destinaría un mayor presupuesto a fin de mejorar las condiciones de viviendas, escuelas, etc. El último paso del plan supone ofrecer algunos espacios de poder a los negros, de manera de calmar los ánimos y evitar el reclamo de "un hombre, un voto".

Pero el éxito de Botha no está garantizado. En el último tiempo su partido empezó a perder hegemonía entre los *boers* (descendientes de holandeses) que lo mantuvieron en el poder. En las elecciones legislativas de mayo, el derechista Partido Conservador pasó de 17 a 22 escaños, convirtiéndose así en la primera minoría, un lugar que antes ocupaba el Partido Progresista Federal.

Aunque el Partido Nacional sigue manteniendo una cómoda mayoría en el Parlamento, la perspectiva de crecimiento de los conservadores resulta escalofriante. Su discurso está centrado en un ataque contra las reformas realizadas por Botha: proponen reinstaurar las leyes discriminatorias abolidas y anular las cámaras de mestizos e indúes.

Sudáfrica parece retroceder en el tiempo. En 1948, el Partido Nacional basó su campaña en la discriminación racial. El entonces primer ministro del Partido Unido (dominado por descendientes de los británicos) declaró que "el apartheid es un loco concepto, nacido del prejuicio del miedo". Pero gracias a ese loco concepto, el Nacional ganó las elecciones. Ahora parece posible que los conservadores sigan sus pasos y triunfen embanderados en el racismo. En el país del blanco y negro, las medias tintas no tienen éxito.

"¡Prohibidos! Actos estatales para destrozar el movimiento popular". En título catástrofe, los diarios anuncian la prohibición de 17 grupos opositores.



ARMAS

LA GUARDIA PRETORIANA

Por A. S.

"Las armas sudafricanas son muy atractivas para las fuerzas armadas latinoamericanas porque están especialmente diseñadas para la guerra contrainsurgente", declaró el gerente general de Armscor (Corporación de Armamentos de Sudáfrica) en la quinta Feria Internacional del Aire (FIDA '88), realizada en Chile el pasado mes de marzo. El embargo de venta de armas a Sudáfrica decretado por el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas en 1977, impulsó al gobierno de Pretoria a perfeccionar su industria bélica que hoy produce desde un cañón valuado en tres millones de dólares hasta la versión moderna del alambre de púas para reprimir multitudes. Proveedor de Irán y las dictaduras latinoamericanas, el régimen sudafricano invierte 300 millones de dólares al año en adquirir armas de Israel, según un informe de la ONU. Así, mientras la comunidad internacional condena la política del apartheid y numerosos países han roto relaciones con Pretoria por tal motivo, Sudáfrica —amparada en la ley de la oferta y la demanda que rige el comercio de las armas— extiende sus contactos en busca de mejores mercados para su producción bélica.

Los visitantes de FIDA '88 se detuvieron una y otra vez frente al stand sudafricano. Los misiles tierra a tierra y un poderoso cañón G-6 de 155 milímetros con un alcance de 40 kilómetros y un valor de tres millones de dólares, no pasaban desapercibidos. La exhibición se completaba con elementos antimotines como un desinflador de neumáticos —versión industrializada de los "miguelitos"— que pueden parar un automóvil que corra a alta velocidad y una barrera de alambre de púas diseñada especialmente para envolver "multitudes alborotadas", que en quince segundos alcanza una extensión de 140 metros. El folleto respectivo señala que la mencionada barrera tiene la ventaja de controlar la belicosidad de la turba y ponerla "en una mejor disposición para el diálogo si fuese preciso".

Los representantes sudafricanos declararon al periódico chileno *La Epoca* que la participación en la muestra les resultaba fundamental "porque prácticamente no podemos mostrar nuestra producción bélica en ninguna parte del mundo". Por su parte el general Fernando Matthei, miembro de la Junta de Gobierno y comandante en jefe de la Fuerza Aérea chilena manifestó que FIDA '88 no sólo tenía por objeto promover la industria aeronáutica de su país, sino también "prestar nuestra casa para que se puedan presentar en ella las industrias de países amigos sin ninguna exclusión". El mismo general Matthei —que en 1981 había visitado la República Sudafricana junto con otros dos miembros de la junta militar, el general Mendoza, jefe del cuerpo de carabineros y el almirante Merino Castro, entonces comandante en jefe de las Fuerzas Navales— había declarado: "Africa del Sur, junto con Israel, disponen de una excelente capacidad industrial y tecnológica que pueden convertirse en apoyo material para nosotros".

Las vinculaciones entre Israel y Sudáfrica en materia armamentista son estrechas. El mismo informe de la ONU que estima en 300 millones de dólares al año las adquisiciones sudafricanas de armas israelíes, denuncia el abastecimiento de material bélico proveniente de Israel al movimiento UNITA en Angola, apoyado por los sudafricanos. El diputado argentino Guillermo Tello Rosas —quien se manifestó reiteradamente en contra del apertheid— declaró a **Página/12** que "Sudáfrica reacondicionará antiguos Mirage-50 que Chile necesita reformar para convertirlos en el *Cheetah,* que es la versión sudafricana del avión *Kfir* construido por Israel."

La producción bélica en Sudáfrica está en manos de Armscor, una poderosa industria fundada en 1977, que cuenta con 23.000 empleados propios y 60.000 aportados por contratistas y subcontratistas, 9 subsidiarias y un nivel de ganancias que en 1987 alcanzó los 23 millones de rands (8.8 millones de dólares.) Su gerente general, Fred Bell, declaró en FIDA'88 que además de Chile, los principales compradores de armas sudafricanas son Venezuela, Perú y Guatemala, y que los vendedores cierran sus operaciones directamente con los jefes militares y muchas veces sin el conocimiento de sus gobiernos o recurriendo a intermediarios.

Paraguay constituye otro de los pilares de la acción de Sudáfrica en América latina. Pretoria y Asunción celebraron un acuerdo de ciudades hermanas que implica la cooperación militar, cultural y comercial entre ambas. En el aspecto militar, el general Phil Pretorius, uno de mayores jerarcas sudafricanos, recibió de Alfredo Stroessner la máxima condecoración por el asesoramiento prestado. Actualmente, oficiales de Sudáfrica entrenan pilotos paraguayos en la escuela de aviación de Dunnotar.

"Las dictaduras que agravian a los pueblos latinoamericanos y a la conciencia democrática del mundo entero están íntimamente vinculadas con los racistas sudafricanos que los asocian en sus negocios de armamentos", declaró el diputado de la UCR Tello Rosas con referencia a los regímenes de Chile y Paraguay. Por su parte, el viceministro de Defensa de Sudáfrica, Adrián Vlok, al llegar a Paraguay, procedente de Santiago de Chile, en una gira destinada a vender armas de producción sudafricana en América latina, declaró: "El mundo no puede hacer nada en contra de nosotros".



iglesia, durante una misa previa a la ejecución de dos activistas.

UNA CUESTION DE PIEL

cano propone tímidas reformas para acallar a la ue le impone nuevas restricciones. Pero para el rvador la tibia apertura es inaceptable: promete a llegar al poder y reeditar leyes racistas.

policía mató a 69 personas, el ANC fue proscripto e inició la lucha armada.

El gobierno sudafricano persiguió al ANC más allá de las fronteras: sus miembros fueron asesinados en Zimbabwe. Mozambique, Angola, Lesotho, y recientemente hasta en París, donde en marzo cayó Dulce September.

Para muchos, la represión que el gobierno sudafricano ejerce sobre la oposición convierte la lucha armada en la única opción posible. Algo así insinuó hace poco Desmond Tutu: "Como alguien que cree que no se debe utilizar nunca la violencia —escribió—, también creo que puede llegar un momento —como cuando los nazis invadieron Europa— en que esté justificado tomar las armas contra un sistema injusto. Puedo, por tanto, tener simpatías por aquellos que han decidido que la violencia está justificada."

Corazones en pugna

Muchas veces, el régimen del apartheid recibió repudios internacionales: se instó al gobierno a respetar los derechos de todos los ciudadanos, a liberar a los presos, y a retirarse de Namibia, país que ocupa ilegalmente. Incluso en las Naciones Unidas se aprobaron resoluciones en este sentido. Pero eso no logró cambiar radicalmente la situación. Sobre todo porque, en la práctica, muchos países siguen manteniendo un importante intercambio comercial con Pretoria. Entre 1950 y 1984 —años en que se consolidó el apartheid— las exportaciones aumentaron, en relación al PBI, de un 22 a un 30,1 por ciento. Se trata principalmente de oro, diamantes y minerales de valor estratégico para la industria de la defensa, a los que Estados Unidos y varios países europeos no tienen intenciones de renunciar, aunque se hayan impuesto algunas sanciones económicas. El pasado marzo, Estados Unidos y Gran Bretaña vetaron en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas una resolución de los países africanos y los No Alineados que proponía la aplicación de sanciones obligatorias a fin de presionar a Sudáfrica para que suspendiera el estado de emergencia y desmantelara el régimen del apartheid. Francia, Alemania Federal y Japón se abstuvieron.

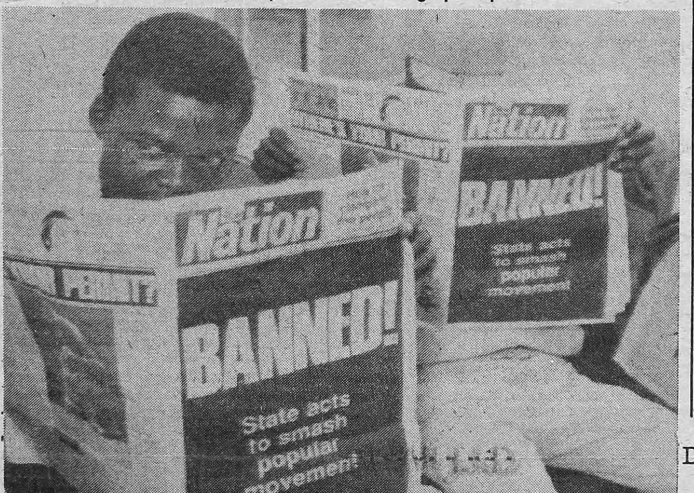
Por eso, la indignación que pueda despertar en el mundo la discriminación racial no le hace perder el sueño a Botha. Ahora le preocupa la implementación de su "estrategia total" que abarca tres etapas. La primera consiste en aniquilar la oposición. A eso seguiría un intento por alcanzar mayor consenso, algo que en el gobierno llaman "ganar mentes y corazones"; se destinaría un mayor presupuesto a fin de mejorar las condiciones de viviendas, escuelas, etc. El último paso del plan supone ofrecer algunos espacios de poder a los negros, de manera de calmar los ánimos y evitar el reclamo de "un hombre, un voto".

Pero el éxito de Botha no está garantizado. En el último tiempo su partido empezó a perder hegemonía entre los *boers* (descendientes de holandeses) que lo mantuvieron en el poder. En las elecciones legislativas de mayo, el derechista Partido Conservador pasó de 17 a 22 escaños, convirtiéndose así en la primera minoría, un lugar que antes ocupaba el Partido Progresista Federal.

Aunque el Partido Nacional sigue manteniendo una cómoda mayoría en el Parlamento, la perspectiva de crecimiento de los conservadores resulta escalofriante. Su discurso está centrado en un ataque contra las reformas realizadas por Botha: proponen reinstaurar las leyes discriminatorias abolidas y anular las cámaras de mestizos e indúes.

Sudáfrica parece retroceder en el tiempo. En 1948, el Partido Nacional basó su campaña en la discriminación racial. El entonces primer ministro del Partido Unido (dominado por descendientes de los británicos) declaró que "el apartheid es un loco concepto, nacido del prejuicio del miedo". Pero gracias a ese loco concepto, el Nacional ganó las elecciones. Ahora parece posible que los conservadores sigan sus pasos y triunfen embanderados en el racismo. En el país del blanco y negro, las medias tintas no tienen éxito.

"¡Prohibidos! Actos estatales para destrozar el movimiento popular". En título catástrofe, los diarios anuncian la prohibición de 17 grupos opositores.



ARMAS

LA GUARDIA PRETORIANA

Por A. S.

Las armas sudafricanas son muy atractivas para las fuerzas armadas latinoamericanas porque están especialmente diseñadas para la guerra contrainsurgente", declaró el gerente general de Armscor (Corporación de Armamentos de Sudáfrica) en la quinta Feria Internacional del Aire (FIDA '88), realizada en Chile el pasado mes de marzo. El embargo de venta de armas a Sudáfrica decretado por el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas en 1977, impulsó al gobierno de Pretoria a perfeccionar su industria bélica que hoy produce desde un cañón valuado en tres millones de dólares hasta la versión moderna del alambre de púas para reprimir multitudes. Proveedor de Irán y las dictaduras latinoamericanas, el régimen sudafricano invierte 300 millones de dólares al año en adquirir armas de Israel, según un informe de la ONU. Así, mientras la comunidad internacional condena la política del apartheid y numerosos países han roto relaciones con Pretoria por tal motivo, Sudáfrica —amparada en la ley de la oferta y la demanda que rige el comercio de las armas— extiende sus contactos en busca de mejores mercados para su producción bélica.

Los visitantes de FIDA '88 se detuvieron una y otra vez frente al stand sudafricano. Los misiles tierra a tierra y un poderoso cañón G-6 de 155 milímetros con un alcance de 40 kilómetros y un valor de tres millones de dólares, no pasaban desapercibidos. La exhibición se completaba con elementos antimotines como un desinflador de neumáticos —versión industrializada de los "miguelitos"— que pueden parar un automóvil que corra a alta velocidad y una barrera de alambre de púas diseñada especialmente para envolver "multitudes alborotadas", que en quince segundos alcanza una extensión de 140 metros. El folleto respectivo señala que la mencionada barrera tiene la ventaja de controlar la belicosidad de la turba y ponerla "en una mejor disposición para el diálogo si fuese preciso".

Los representantes sudafricanos declararon al periódico chileno *La Epoca* que la participación en la muestra les resultaba fundamental "porque prácticamente no podemos mostrar nuestra producción bélica en ninguna parte del mundo". Por su parte el general Fernando Matthei, miembro de la Junta de Gobierno y comandante en jefe de la Fuerza Aérea chilena manifestó que FIDA '88 no sólo tenía por objeto promover la industria aeronáutica de su país, sino también "prestar nuestra casa para que se puedan presentar en ella las industrias de países amigos sin ninguna exclusión". El mismo general Matthei —que en 1981 había visitado la República Sudafricana junto con otros dos miembros de la junta militar, el general Mendoza, jefe del cuerpo de carabineros y el almirante Merino Castro, entonces comandante en jefe de las Fuerzas Navales— había declarado: "Africa del Sur, junto con Israel, disponen de una excelente capacidad industrial y tecnológica que pueden convertirse en apoyo material para nosotros".

Las vinculaciones entre Israel y Sudáfrica en materia armamentista son estrechas. El mismo informe de la ONU que estima en 300 millones de dólares al año las adquisiciones sudafricanas de armas israelíes, denuncia el abastecimiento de material bélico proveniente de Israel al movimiento UNITA en Angola, apoyado por los sudafricanos. El diputado argentino Guillermo Tello Rosas —quien se manifestó reiteradamente en contra del apertheid— declaró a **Página/12** que "Sudáfrica reacondicionará antiguos Mirage-50 que Chile necesita reformar para convertirlos en el *Cheetah*, que es la versión sudafricana del avión *Kfir* construido por Israel."

La producción bélica en Sudáfrica está en manos de Armscor, una poderosa industria fundada en 1977, que cuenta con 23.000 empleados propios y 60.000 aportados por contratistas y subcontratistas, 9 subsidiarias y un nivel de ganancias que en 1987 alcanzó los 23 millones de rands (8.8 millones de dólares.) Su gerente general, Fred Bell, declaró en FIDA'88 que además de Chile, los principales compradores de armas sudafricanas son Venezuela, Perú y Guatemala, y que los vendedores cierran sus operaciones directamente con los jefes militares y muchas veces sin el conocimiento de sus gobiernos o recurriendo a intermediarios.

Paraguay constituye otro de los pilares de la acción de Sudáfrica en América latina. Pretoria y Asunción celebraron un acuerdo de ciudades hermanas que implica la cooperación militar, cultural y comercial entre ambas. En el aspecto militar, el general Phil Pretorius, uno de mayores jerarcas sudafricanos, recibió de Alfredo Stroessner la máxima condecoración por el asesoramiento prestado. Actualmente, oficiales de Sudáfrica entrenan pilotos paraguayos en la escuela de aviación de Dunnotar.

"Las dictaduras que agravian a los pueblos latinoamericanos y a la conciencia democrática del mundo entero están íntimamente vinculadas con los racistas sudafricanos que los asocian en sus negocios de armamentos", declaró el diputado de la UCR Tello Rosas con referencia a los regímenes de Chile y Paraguay. Por su parte, el viceministro de Defensa de Sudáfrica, Adrián Vlok, al llegar a Paraguay, procedente de Santiago de Chile, en una gira destinada a vender armas de producción sudafricana en América latina, declaró: "El mundo no puede hacer nada en contra de nosotros".

HASTA QUE EL DIVORCIO NOS UNA

Por Adriana Schettini

La cita era el 22 de mayo de 1986 a las 15.30 y la audiencia duró sólo cinco minutos. Fue el tiempo necesario para que el canciller Dante Caputo comunicara oficialmente al encargado de negocios Pieter Wolvaardt, la decisión del gobierno argentino de romper relaciones diplomáticas con Sudáfrica a causa de las agresiones a Botswana, Zambia y Zimbabwe que según el documento oficial de la Argentina "son consecuencia directa de un régimen institucionalizado de discriminación racial". Woolvaardt apenas alcanzó a preguntar al ministro si conocía las declaraciones de su canciller en cuanto a que ningún país podía ser sancionado por adoptar acciones defensivas contra el terrorismo. Caputo se limitó a manifestar que conocía esa opinión pero que no la compartía.

Más allá de la condena moral al régimen del apartheid que significa la ruptura de relaciones diplomáticas, la misma no impide a los particulares mantener vinculaciones turísticas o comerciales con Sudáfrica, salvo en lo relativo a la venta de material bélico, prohibida en virtud del embargo sancionado por la ONU en 1977. Así, en Buenos Aires funcionan el consulado sudafricano y la Cámara de Comercio Argentino-Sudafricana, más de 1500 turistas argentinos visitan anualmente aquel país y recuerdan los safaris que José Alfredo Martínez de Hoz y Albano Harguindeguy realizaran en una época en que, plata dulce mediante, más de 20 mil argentinos por año ejercían el "déme dos" en tierras sudafricanas.

En el momento de la ruptura de la relación diplomática la balanza comercial arrojaba en superávit en favor de la Argentina. Si bien el intercambio con Sudáfrica nunca fue determinante en el comercio argentino global, durante la dictadura militar se vio incrementado. Tras la ruptura de relaciones diplomáticas, y según datos del INDEC, en el período enero-setiembre de 1987, la Argentina exportó a Sudáfrica mercadería por un total de 30.974.740 dólares, destacándose como principales rubros el aceite de girasol, el trigo, el maní y el aceite de soja. En cuanto a las importaciones, la Argentina gastó 41.564.095 dólares en productos provenientes de Sudáfrica, entre los que se destacaban el hierro y el acero, el papel prensa, las planchas de acero inoxidable, el ferrocromo y la fibra de amianto.

La Argentina y Sudáfrica, que habían iniciado sus relaciones diplomáticas en 1950 durante el gobierno de Juan Domingo Perón, intensificaron el diálogo a fines de la década de los sesenta cuando Sudáfrica se propuso constituir una organización del Tratado del Atlántico Sur, como una versión regional del Tratado del Atlántico Norte (NATO). La propuesta fue motivada por la decisión de Gran Bretaña de abandonar la base naval de Simmonstown (cerca de Ciudad del Cabo) y el patrullaje de la ruta que pasa por el cabo de Buena Esperanza, por la que transitan los buques petroleros. Se trataba de "impedir que el vacío de poder fuera llenado por los comunistas", según el entonces canciller sudafricano Hilgard Mueller.

En 1973 la Argentina retiró su embajador y la representación diplomática quedó a cargo del encargado de negocios. Pero, con la dictadura militar el tema del pacto defensivo alcanzó su máxima expresión en la Argentina. En 1981 el jefe del Estado Mayor, general de división Antonio Vaquero calificó a la Argentina y Sudáfrica como "verdaderos baluartes de oposición a todo intento de penetración ideológica". Al año siguiente, los sudafricanos devolvieron gentilezas: "El Proceso (de Reorganización Nacional) no tiene nada de qué disculparse", afirmó el embajador de Sudáfrica en la Argentina, Francis D. Tothill tras ponderar la acción de las Fuerzas Armadas "al derrotar la subversión".

Sin embargo, el proyecto no llegó a concretarse. La negativa de Brasil a formar parte del mismo resultó determinante. En esas condiciones la Argentina hubiera quedado en evidencia frente al concierto de las naciones al integrar una alianza de ese tipo, junto con Uruguay (donde el almirante Márquez era su principal impulsor), Paraguay (que habría aceptado intervenir) y Chile (que estaba interesado pero que no podía hacerlo ya que para la Argentina habría significado aceptar su presencia en el Atlántico).

Con el restablecimiento de la democracia, la Argentina advirtió en reiteradas ocasiones que observaba "con profunda preocupación la ola de violencia que se abate sobre la nación sudafricana" y que condenaba el apartheid. Sin embargo, seguía siendo el único país no alineado que conserva vínculos con Pretoria. Finalmente, el gobierno de Alfonsín decidió romper relaciones diplomáticas.

La medida originó reacciones diversas. Algunos integrantes del lobby sudafricano se indignaron; al punto que en un pronunciamiento suscripto por el dirigente justicialista Tomás de Anchorena y los generales Osiris Villegas y Jorge Arguindegui, entre otros se calificó la decisión de "disparate internacional", por entender que "Sudáfrica en ejercicio de su propia seguridad continuó con sus ataques contra la guerrilla marxista que la asedia" y que "ningún país rompió relaciones por ese motivo".

Algunos sectores calificaron la medida de insuficiente y aseguraron que mientras continúe el comercio con Sudáfrica, no se ejercerá presión suficiente para combatir el racismo. Otros manifestaron que rotos los vínculos con Pretoria, se deberían intensificar las relaciones económicas con los países africanos como lo hace Brasil. Unos pocos compartieron la postura de Carlos Menem quien en recientes declaraciones a *El Periodista* y con respecto a la actitud de la Cancillería dijo que "hay que mantener relaciones con todos los países del mundo. En caso contrario, ya hubiésemos roto relaciones con Chile o Cuba, países donde no hay democracia". Entre la desinformación y la ironía, el precandidato justicialista aseguró en la mencionada entrevista que "no conozco los motivos por los que se cortaron las relaciones, supongo que por el apartheid", aclaró. "En caso de ser presidente —reflexionó Menem— tendría que pensar qué hacer con Sudáfrica ya que hay empresas sudafricanas en La Rioja".



EN DEPORTES SOLO SE TRATA DE COMPETIR

Por Alberto Ferrari

"Me gustaban más los argentinos cuando no vivían en democracia". El autor de esta frase no fue un oficial de las Fuerzas Armadas argentinas. La pronunció Dante Craven, presidente de la Unión Sudafricana de Rugby, al agasajar al seleccionado nacional, Los Pumas, que en octubre de 1984 aceptó realizar una gira por ese país, bajo el disfraz de "Sudamérica XV", pese a las condenas oficiales e internacionales que mereció su actitud.

Craven, presidente de la Unión Sudafricana de Rugby desde 1955 y personero del régimen de Pretoria, que apela al deporte como punta de lanza para quebrar su aislamiento diplomático, tenía motivos para atacar a la democracia argentina. Los Pumas finalmente estaban en su tierra, pero habían partido de Ezeiza casi a las escondidas, desoyendo a la Cancillería y a varios legisladores nacionales. A raíz de la polémica que desató el rugby, la administración radical aceleró la ruptura de relaciones con Sudáfrica. Las condenas al apartheid en el deporte comenzaron en 1960 cuando el Comité Olímpico Internacional (COI) expulsó a Sudáfrica. Cuatro años después fue el turno de Rodhesia, país que pudo regresar al organismo en 1979, luego de transformarse en la nación multirracial de Zimbabwe. Las principales federaciones deportivas (FIFA, Consejo Mundial de Boxeo, atletismo), también desafiliaron a las entidades deportivas sudafricanas al permitir la segregación en sus competencias. Sólo en la International Rugby Board y en la Federación Internacional del Automóvil (FIA), los sudafricanos siguen ocupando sus asientos con plenos derechos.

En noviembre de 1971 las Naciones Unidas recomendaron a los países miembros no mantener *"relaciones deportivas ni culturales con Sudáfrica, por su política de apartheid"*, resolución adoptada con el voto favorable de 106 naciones, entre las que se contaba la Argentina, que también suscribió *"La Declaración Internacional contra el Apartheid en los Deportes"*, incluida en un paquete de sanciones que la Asamblea General de la ONU aprobó el 14 de diciembre de 1977, en respuesta al asesinato de 300 estudiantes negros en Soweto.

Pese a las condenas internacionales, Los Pumas compitieron en Sudáfrica en 1965 y 1971. Las visitas fueron retribuidas en 1966 y 1972, con la presentación en Argentina de los Springboks y Les Gazelles. Cuando se incrementaron las protestas y las amenazas de sanciones, el recurso fue acudir al taparrabos de "Sudámérica XV", denominación utilizada por los rugbiers argentinos (más algún uruguayo, paraguayo y chileno), para jugar en territorio sudafricano en 1980 y 1982.

Con el retorno de la democracia, el gobierno radical congeló las relaciones diplomáticas con Sudáfrica. Sin embargo, los intercambios deportivos se intensificaron. Siempre apelando a la clandestinidad de las "visas de turistas". Pero el sistema ya no era infalible. El 14 de setiembre de 1984 la Cancillería impidió que el árbitro sudafricano Les Muller, ingresado al país como "turista", actuara durante el combate entre Santos Benigno Laciar y Prudencio Cardona, válido por el título mundial que poseía el boxeador cordobés. Pocas semanas después, el 11 de octubre, la Dirección Nacional de Migraciones expulsó a los rugbiers de los equipos Adellers y Defense, otros "turistas" que se encontraban de gira por la Argentina.

Pese a esos gestos de firmeza, Los Pumas viajaron en octubre de 1984 a Sudáfrica. Las presiones oficiales y los pedidos de informe de los diputados Antonio Paleari, Jacinto Giménez, Florencio Carranza y Raúl Rabanaque Caballero no alcanzaron para que desistieran de la invitación. Pero debieron partir casi como fugitivos. La noche previa se concentraron en una quinta del Gran Buenos Aires, adelantaron el horario de partida para eludir la requisitoria periodística en Ezeiza y recurrieron a un trasbordo en Río de Janeiro. Algunos de sus integrantes, incluso, viajaron en otro avión.

"El boicot deportivo sigue siendo el arma más efectiva para combatir el apartheid", aseveró el obispo Desmond Tutu, al exigir mayores presiones sobre Sudáfrica, poco después de recibir el Premio Nobel de La Paz.

El ex campeón del mundo de los pesos completos, John Tate, un boxeador norteamericano de raza negra, en 1979 aceptó competir en Sudáfrica, como también lo hicieron los argentinos Víctor Galíndez y Santos Benigno Laciar. Pese al color de su piel, Pretoria no opuso trabas a su ingreso, por tratarse de un combate eliminatorio por el título mundial y porque su rival era un exponente de la minoría "afrikaner".

Pero el escándalo estalló después de la pelea, cuando una modelo holandesa confesó que Tate había festejado la victoria disfrutando de sus encantos físicos. En un país donde las relaciones sexuales entre blancos y negros estaban prohibidas, la joven indiscreta se salvó de ir a la cárcel por cuestiones diplomáticas, pero fue embarcada en el primer avión que partió hacia Europa.

Recientemente la International Board levantó las restricciones existentes para competir con el rugby de Sudáfrica, medida destinada a favorecer las giras que la Unión Sudafricana pretende organizar en 1989, al festejar su centenario. Aun cuando este deporte no integra el programa de los Juegos Olímpicos, varios países africanos anticiparon que podrían alentar un boicot masivo a Seul'88, de intensificarse los intercambios deportivos con el régimen del apartheid.

Mientras tanto el rugby argentino recibió con contenida satisfacción la noticia. Por ahora pretende evitar polémicas o incidentes que alerten a la Cancillería. Pero son muchos los jugadores y dirigentes que por anticipado comienzan a preparar las valijas. Saben que las invitaciones con todos los gastos pagos y periodistas incluidos (al igual que en 1984) cruzarán el Atlántico.

LA ONU DA EN EL BLANCO

El pasado mes de abril el Centro Contra el Apartheid de la ONU repudió la actitud de los deportistas latinoamericanos que intervinieron en competencias efectuadas entre el 1° de setiembre de 1980 y el 31 de enero de 1987 en Sudáfrica. Entre ellos figuran los argentinos Miguel Angel Quinteros (ajedrez), Carlos Reutemann (automovilismo), Santos Laciar (boxeo), Roberto De Vicenzo (golf), Guillermo Vilas y José Luis Clerc (tenis). El Uruguay también envió deportistas a los certámenes sudafricanos: Juan Miguel Seco (polo), John Bird y Marcel Paullier (rugby).

"La gira de los rugbiers argentinos a Sudáfrica le ocasionó al país un disgusto muy grande", dijo el canciller Dante Caputo con motivo de la gira de Los Pumas en octubre de 1984. "Resulta notable la preocupación de ciertas mentalidades sobre Sudáfrica, cuando no se preocupan en absoluto si alguien compite con países de la órbita comunista", declaró entonces el diputado liberal Alvaro Alsogaray.